



860-1(866) Espinosa  
8772

# EL INTERMEZZO.

TRADUCCION EN VERSO CASTELLANO.

POR

ROBERTO ESPINOSA,

INDIVIDUO DE VARIAS ASOCIACIONES LITERARIAS.



BIBLIOTECA NACIONAL
B 30 - SN
9184
Quito-Ecuador

BIBLIOTECA NACIONAL QUITO - ECUADOR
COLECCION GENERAL
Nº 9199 AÑO 1993
PRECIO ..... DONACION .....

003928-J.

QUITO.

IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD.

1889.





## INTRODUCCION.

---

No me propongo escribir prólogo, ni recomendación de este libro, ni cosa parecida. Ténganse, pues, estas líneas como advertencia ó simple explicación á los lectores que, no hallando la obrilla del todo mala, y juzgándola con criterio desapasionado, se constituyan en censores imparciales.

---

Doy preferente atención en mis estudios al de la literatura alemana, en los cortos intervalos de respiro que me permiten las atenciones de la vida pública. Mis autores favoritos son hoy en día Goethe y Schiller, Uhland y Heine, como antes lo fueron Byron y Moore. Bien sabido es que, de más de un tercio de siglo á esta parte, han estado en boga y se han estudiado con empeño, dos géneros distintos de poesía. Uno, que lo constituyen versos sonoros, grandilocuencia, ideas levantadas y grave y majestuosa dicción, donde campean á la vez, junto con la forma bella y el aticismo de la lengua, las excelencias del arte. El gran Núñez de Arce y Ferrari, J. P. Velarde y Olegario Andrade lo han cultiva-

do en nuestros días con éxito brillante. El ótro, hecho y nacido al promediar este por muchos conceptos excepcional siglo XIX, es chispcante y nuevo, más que por la forma, por la idea, por el sentimiento; no tiene mayor artificio y, á las veces, es seco, pero fácil, intencionado y profundo; fugitivo y sombrío, pero penetrante, como brote que es del alma, á la manera de chispa eléctrica; de aquí que un verso, una palabra, despierte en ocasiones el sentimiento y traiga el recuerdo de una dicha perdida ó de un dolor padecido. Bürger, Heine y otros más, en Alemania, D. Manuel del Palacio, Campoamor y el malogrado Becquer, entre los que hablamos lengua castellana, son acabados modelos en este género, conocido entre nosotros, ora con el nombre de *dolora*—el *lied* alemán—ya con el de *canción*, del cual vamos á hablar.

En Alemania existe aún la verdadera poesía, lozana y espiritual, tierna y encendida. En esa buena tierra es todavía el genio benéfico y apacible del hogar de la familia, quien trae consuelos, esperanzas y alegrías al corazón. En las costumbres alemanas se mantiene la sencillez, la mutua correspondencia y el respeto de los pasados tiempos, cosas que se guardan siempre en la memoria con cierta especie de cariñoso culto. Allí los dolores, las alegrías y esperanzas tienen su *lied* ó canción. Desde que nace el niño, hasta que el anciano octogenario cierra tranquilo los ojos, de sus hijos y netezuelos rodeado, y á quienes da su postrera bendición, guarda cantos dulcísimos, y con ellos arrulla al pequeñuelo, al suave y acompasado vaivén de la cuna, y da aliento y coraje al ardoroso joven, como presta también consuelos y esperanzas al anciano achacoso que se siente próximo á morir. Yo, de mí sé decir, que nada me conmueve tan honda y dulcemente como los cuentos de la abuela, referidos por el poeta alemán, en noche de

luna, para adormir al travieso enjambre de niños que la rodean.

El *lied* alemán es, pues, verdadera poesía, porque es la expresión del sentimiento: grito del corazón que nos lastima, que nos transporta á no sé qué regiones de belleza indefinible, y cuya lectura rematamos siempre soñando. Ritche y Hoffman, poetas exaltados y visionarios, pertenecen también á esta generación. ¡Y tú, Becquer, inolvidable Becquer! tú has sido, si no el único, el que mejor nos has hecho saborear, en lengua castellana, los encantos del *lied* en tus *Rimas* inmortales!

O me engaño, y en mucho, ó la *dolora* no es más que un reflejo del *lied* alemán; una y otra composición son ligeras é intencionadas, y predomina en ellas siempre un sabor melancólico junto con alguna idea filosófica. Aunque opinan algunos que el género no es nuevo en las letras españolas, corresponde de derecho á Campoamor la gloria de haberlo popularizado, convirtiéndolo en sistema, ya se considere la peculiaridad del fondo y de la forma, ya también la feliz agrupación de seres análogos, que tienen su filiación característica, su personalidad estética. Además, tal linaje de composiciones lleva impreso el sello de esta nuestra época de análisis y desencanto, de dolores y de ausencia de fe, que se observa en las regiones del arte.

Un crítico español, Laverde Ruíz, afirma, que en las literaturas extranjeras, Byron, Goethe, Heine y otros más, han dejado muchas poesías en que brillan y se ostentan las peculiaridades y primores de la *dolora*—como si ésta fuese más antigua que el *lied*—y concluye declarando, que el *Fausto* no es más que una inmensa *dolora* dramática. Afirmación tan peregrina, llega al sumum de la superstición y apego al nuevo género literario, entre los españoles.

Mr. H. de Blaze, en su libro sobre los escrito-

res y poetas alemanes, analiza el carácter del *lied*, y encuentra que participa de la canción, del apólogo y hasta del epigrama. Asienta que el *lied*, nada tiene de absoluto, ya que su acción depende de la disposición de ánimo en que nos hallamos. Allí donde el lector indiferente no encuentra sino versos armoniosos, concertados de tal ó cual manera, os impresionaréis hasta el punto de que se os caiga el libro de las manos y sintáis vuestros ojos arrasados en lágrimas. Entonces todo se transforma y anima en derredor vuestro, y, en grata alucinación, escucháis retañir las campanas de la aldea en el lozano mes de mayo, y la queja de las cascadas, y el suspiro del viento entre las frondas, y el errante pasaje de las nubes; todo, todo tendrá lenguaje, y expresión y sentido misterioso. Si es la hora del crepúsculo de la tarde, voces melancólicas murmurarán á vuestros oídos no sé qué palabras como del cielo, en lo dulce, en lo melodioso; sombras de seres para vos harto queridos, aparecerán, y os devolverá la tierra, siquiera sea por un momento, cuanto de vuestra propia vida y corazón guarda avara en sus entrañas.

En suma, el *lied* es casi siempre triste, lo hemos dicho ya, y cuando así, es muy más triste que la elegía, la cual sólo nos presenta el dolor del poeta y nunca el nuestro; además, nada tiene de familiar, de íntimo, si así vale decirlo; es siempre

*La plaintive élégie en longs habits de deuil,*

como dice un poeta, que á modo de plañidera sublime lanza acompasados suspiros y sollozos. El *lied* tiene que ser un gemido, una lágrima, ó nada; penetra hondo en nuestra alma y nos incita á cantar, si es que tenemos voz para ello. Goethe y Schiller, Rícher y Hoffman son como los creadores de esta hermosa composición; luégo tiraron por esta nueva

senda literaria el dulcísimo Bürger, el inimitable Heine, Lenau y Uhland, el Beranger alemán, llamado justamente el *poeta alemán más alemán de cuantos* ha habido hasta estos días.

Lo que ha caracterizado la tendencia de la poesía alemana, desde los fines del siglo pasado, y que se ve revelado en las producciones poéticas, ha sido la feliz influencia de la literatura inglesa. De ella participan señaladamente Lessing, y Herder, Goethe, Schiller y Bürger. La inspiración de los poetas alemanes, en tiempos anteriores al siglo que acaba, fué sencilla, original y, á las veces, enérgica; pero con el contacto de los literatos ingleses de aquella época, alcanzó, demás de las buenas prendas enunciadas, solidez y realidad, siendo por naturaleza sentimental y analítica. Los suaves afectos del hogar de la familia, la misteriosa comunicación con los muertos— artículo de fe para los alemanes—, campestres escenas y campos de batalla, constituyen sus mejores cuadros descriptivos. M. G. Keil, el excelente traductor de las obras de Calderón al alemán y autor del notable poema *La lira y el arpa*; J. Herner, quien con su *Visionaria de Prevost* alcanzó alta nombradía, Lenau, Grün y, finalmente, Bechstein, con su gran poema, *La danza de los muertos*, son los poetas alemanes que en estos días han obtenido más alta nombradía en los géneros literarios que hemos enumerado.

Los patriarcas de la literatura alemana, que marcaron la poderosa tendencia de que hablamos, depurando además el gusto y enalteciendo el arte, fueron el desdichado Bürger, Goethe y Schiller, ya nombrados, y á quienes bien podemos apellidar los fundadores del siglo de oro de la poesía alemana, siglo que todavía no ve su ocaso en aquella gran Nación. Pero hay otros poetas muy reputados, fuera de aquéllos, que, por su merecida fama, son uni-

versalmente conocidos; éstos son, en primer término, Uhland y Heine, aunque del todo opuestos en ingenio, ideas y tendencias. El primero, como otro Tirteo, emuló á Koerner en los cantos patrióticos; á Koerner, que llevando el hecho al consejo, pereció en el campo de batalla en defensa de la honra de su patria. Uhland, hasta en estos días, es el poeta más nacional de aquella tierra venturosa, y sus canciones andan en boca de los literatos, bien así como en la de los soldados y campesinos. Cantó siempre con alma honrada é ingenua, ora la Religión, la Patria y la Libertad, ora también el amor, las mujeres y las dulzuras del hogar; pero siempre fué grande, siempre delicado y original. No así Heine, el poeta de la amarga ironía—amarga aún, cuando canta, hasta en las ternuras del amor—, de los más extravagantes caprichos y tan infortunado como Bürger. (1)—

Pero antes de hablar de Enrique Heine, para llegar al cual hemos trazado las líneas que anteceden y cuyo libro, el *Intermezzo*, vamos á publicar en verso castellano, digamos algo de la tendencia de la poesía en estos tiempos. Sería imposible y hasta absurdo tratar de contener en límite reducido el variado, ámplio y múltiple objeto de la poesía en la época actual. Bien pudiéramos afirmar que no es ya

(1) Cupo en suerte á Bürger todo linaje de infelicidades. Siempre fué pobre, pero activo y de genio arrebatado; conoció la miseria en sus manifestaciones más dolorosas. Casado, siendo muy joven, con una mujer á quien no amaba, cobró luego profunda é invencible pasión por su cuñada, y de aquí el origen de grandes sinsabores para su corazón. Muerta la esposa, casóse de seguida con la cuñada, quien no tardó en seguir al sepulcro á su hermana. Contrajo matrimonio por tercera vez con la tristemente célebre actriz, Elisa Naahm, que llegó á ser la bebedora más grande de esos tiempos; á los tres meses se vió precisado á pedir el divorcio, y por fin murió, agobiado por la tristeza y el quebranto, á los 45 de edad. Sus poesías, en todos los géneros que cultivó, son obras maestras y acabadas. Bürger es autor de las baladas más tiernas y delicadas que tiene Alemania. *Leonor y el Cazador feroz*, es de lo más hermoso y perfecto en este género.

sólo la naturaleza lo que sirve de argumento á las concepciones poéticas: entra, y en primer lugar, el corazón humano, siempre atormentado por hondas, misteriosas emociones, siempre con sus insensatos anhelos y sus secretas catástrofes; esto es lo que traduce, pinta y exalta el genio poético de este siglo. El análisis filosófico y la fría metafísica, han sido relegados á unos pocos, y son menos quizá los que se empeñan en seguir la senda determinada por los clásicos antiguos griegos ó latinos. Están, pues, rotas, olvidadas las antes sagradas reglas de los preceptistas, á quienes siguieron respetuosamente, acaso contra su querer, Racine, Corneille, Voltaire y otros más. De aquí que, con razón y donosamente, afirma un escritor moderno, que Voltaire cortaba sus tragedias por el patrón obligado de las de Racine, y hacía hablar al turco Orosmán el propio lenguaje de *Cinna* y los *Horacios*.

Ese *algo* sublime que bullía en el cerebro de Andrés Chenier, cuando ascendía sereno las gradas del patíbulo, era sin duda el próximo alumbramiento de la nueva poesía, fecunda, poderosa y lozana, y cuyo primer intérprete hubiera sido esa noble víctima sacrificada á la implacable revolución. Y del propio modo que ésta se atrevió á trasformar todo, probó también la poesía á mudar la inspiración y las tendencias usadas hasta entonces. No tiene, á nuestro entender, otro principio que éste la escuela apellidada romántica, con su forma ideal é intangible. Sea de ello lo que se fuese, es lo cierto que el romanticismo acentuó poderosamente el rumbo de la poesía moderna, subjetivándola, en proceder contrario de lo que actuaba el clasicismo, cuya única ley y fuente era la tradición pagana, cosa hoy en desuso, y como norma y regla el atildamiento en la forma; en tanto que la otra escuela se inspira en el sentimiento, en el mundo interior del corazón humano, lo cual consti-

tuye la índole de la poesía del siglo XIX, cuyos mejores intérpretes los hallamos en Inglaterra, Alemania y Francia. Los nombres de Goethe, Schiller y Uhland, Byron y Moore, Victor Hugo y Lamartine, vivirán con alto encomio en la memoria de los siglos subsiguientes.

La anacreóntica está en desuso; hoy no se busca, no satisface la fragancia del tomillo y la mejorana, y el "dulce lamentar de los pastores" nos causa risa. ¿Quién leerá en estos tiempos con interés y deleite al delicado Meléndez, al dulcísimo Garcilaso? Ya no nos interesan ni entretienen las campestres escenas, ni los embobados amores de sencillos campesinos. La poesía actual se inspira y toma asunto en otros cuadros é impresiones. La civilización moderna, como la política, como la literatura, han cambiado el curso que llevaban en pasados siglos, y la poesía ya no sólo se inspira al calor del hogar doméstico y de las tradiciones populares, rico venero, por otra parte, para creaciones y bellezas de primer orden. Los tiempos han cambiado también, y como afirma Núñez de Arce, son de lucha, y nosotros agregaríamos que son de grande transición, ora en las regiones del arte, ora también en las de la gobernación de los Estados. Es ley de la historia, y como tal indeclinable, que cada siglo ha de tener su carácter especial que lo distinga de los pasados y probablemente de los venideros. Tenemos como seguro que la filiación del siglo que se acerca será del todo distinta del que le está precediendo: hay antecedentes para conjeturar lo que será, dada la tendencia característica de lo que vamos observando.

Pero volvamos á Heine. Este gran poeta fué de raza judía y vino al mundo en Dusseldorf, el pri-

el poeta ha sorprendido vuestros sollozos y, cosa notable, esos sollozos no son sino los suyos propios”.

Los últimos suspiros de Heine, que salieron de su pecho como gemidos de un moribundo, se encuentran en una serie de lamentaciones poéticas que las intituló, *El libro de Lázaro*, el cual lo tenemos también traducido, y de él publicados algunos fragmentos. Esas admirables y conmovedoras páginas las dictó el poeta desde su lecho de muerte y bajo la terrible influencia de cruellísimos dolores, causados por la parálisis que le redujo á casi absoluta inmovilidad durante algunos años. Después de dictado *El libro de Lázaro*, sobrevivió Heine solamente unas pocas semanas. Sus obras publicadas constan de doce volúmenes, en cuarto menor.

Confieso que estas traducciones me han costado ímproba labor y mucho tiempo, y no dudo serán juzgadas favorablemente por los entendidos en lenguas extrañas, á quienes me atrevo á reclamar siquiera un mérito: el de la fidelidad en la versión. Ojalá se comparasen algunas de mis traducciones con ótras que se han hecho de las mismas piezas para que, en rigor de justicia, se me confiera lo que llevo reclamado. Traductor hay que, para verter cuatro versos de Heine, ha empleado veinte heptasílabos. Pregunto yo: ¿podrá haber en ello fidelidad? se conocerán así, en tierra donde se habla la lengua de Cervantes, las mejores joyas de la poesía alemana de estos tiempos? ¡Desdichado Heine, cuál te han hecho aparecer en la república de las letras algunos audaces atolondrados, siendo así que ocupas puesto principal entre los grandes poetas del siglo! Pero no, bardos ha habido que, como dignos intérpretes de tus inspirados cantos, nos han regalado joyas de valor inestimable en nuestra lengua. Honra tan subida ha cabido á dos poetas americanos; allí están Sellén, y señaladamente Pérez Bonalde, cuyo *Cancio-*

*nero* es y será corona de gloria para su autor y lustre para las letras americanas.

Baste lo dicho hasta aquí para satisfacer mi deseo. Por lo demás, dejo á los críticos de cierto jaez—quienes nunca me tienen en olvido—la para ellos muy grata labor de buscar sólo defectos para echarlos en rostro y condenar la obra y á su autor. Hágase, pues, según su buen querer.

ROBERTO ESPINOSA.

---

mero de enero de 1800. Trajo peregrinas dotes de ingenio, junto con originalidad, verbo humorístico, grande imaginación y vivo concepto de lo bello; cualidades fueron éstas que las poseyó en alto grado. Por la mayor parte de su vida fué desdichado; sus mejores años los pasó en Francia, donde es tan conocido y admirado como en Alemania. Sobrino de un banquero riquísimo de Hamburgo, quien, no teniendo herederos forzosos, quiso hacerle su heredero universal y asociarle en el negocio, pero el poeta rehusó tan ventajosa oferta, por lo que solía decir:—“Harto derecho tengo á que me llamen poeta, desde que he comprado este derecho con quince millones”.

Heine hablaba y escribía el francés tan bien como su propia lengua; escribió algunas de sus obras, en asocio del malogrado literato Gérard de Nerval, en ambos idiomas. Sus *Lieders* ó canciones, el *Intermezzo* y el *Libro de Lázaro*, tienen el lirismo más elevado, aunque en ocasiones mezcla ciertas disonancias irónicas y amargas, con la voluptuosa espiritualidad de la más tierna pasión, del más delicado sentimiento. Es imposible hallar en autor alguno mayor originalidad, y gracia y novedad de estilo; sus períodos tienen corte griego, sencillos, fáciles, numerosos, y encantan los oídos del lector la variedad más asombrosa de tonos y las más caprichosas y nuevas combinaciones métricas.

El *Intermezzo* es quizá la composición lírica más excelente del poeta. Este precioso poemita, conjunto, en la apariencia, de ideas aisladas y sin conexión, obedece en el fondo á una idea preconcebida, á un plan calculado de antemano. Que hable de este poema el tristemente célebre Gerard de Nerval, amigo y confidente de Heine.—“¿Cuál es el argumento del *Intermezzo*? Bien poca cosa. Una joven, amada del poeta, que abandona á éste por un novio ó por

un amante rico ó estúpido. He aquí todo, ni más, ni menos, siendo así que es cosa que acontece todos los días. La niña es hermosa, frívola, coqueta; también un tantico falsa, y esto, mitad por capricho, mitad por ignorancia. Los antiguos representaban nuestra alma bajo la forma de una mariposa. Y aquella niña retiene entre sus manos el alma delicada de su amante, y le hace padecer cuantos tormentos causan los niños á las mariposas. En ello no hay quizá mala intención; pero, con eso y todo, el polvo azulino y dorado queda impregnado en los dedos y, deshechas las tenues alas, se escapa maltrecho y desparvorido el pobre insecto.

“Aquel argumento harto común, que no suministra material para dos páginas de novela, se ha convertido en un gran poema, manejado por Enrique Heine. El alma entera como que vibra y se manifiesta en esas composiciones cortas, de las cuales la más larga no excede de cuatro ó cinco estrofas. Pasión, honda tristeza, cruel ironía y vivísimo sentimiento de la naturaleza y de la hermosura plástica, allí se encuentran en la proporción más imprevista y feliz. Grandes pensamientos morales, condensados en dos versos, menos aun, en dos palabras; un rasgo cómico os hace llorar, un apóstrofe patético provoca vuestra risa. Hecho singular: ora las lágrimas, ora súbitas sonrisas asoman á vuestros ojos ó se pintan en los labios, sin que se pueda decir por qué: ¡de tal manera la secreta fibra ha sido pulsada por diestra mano! Cuando se lee el *Intermezzo*, experimentase uno á manera de terror oculto. Os sonrojáis como sorprendido en vuestro secreto; sentís rimadas las palpitaciones de vuestro corazón en esas estrofas y en esos versos, casi todos de ocho sílabas. Aquellas secretas lágrimas que habéis derramado á solas, allá en lo oculto de vuestra morada, hélas allí fijadas y cristalizadas sobre una trama inmortal. Como que





---

---

## EL INTERMEZZO.

DE H. HEINE.

---

### PRELUDIO.

Es el bosque, antiguo bosque  
De tristes encantamientos;  
Allí de la flor del tilo  
El aroma aspiro, y siento  
Que un rayo de luna inuida  
De almo deleite mi pecho:

\*  
\*  
\*

Escucho mientras camino  
Leve ruido en el viento:  
Es el ruiseñor que canta  
Del cruel amor los tormentos;  
Canto es de amor, y su canto  
Es gemido lastimero,  
Y es lágrimas y sonrisas,  
Y penas y devancos.  
;Tán tristemente se agita,  
Son tán dulces sus lamentos,  
Que mis sueños olvidados  
Renácer al punto siento!

Sigo avanzando en el bosque,  
Y ante mí alzarse veo—  
Merced á un rayo de luna—  
Un castillo de alto techo.  
Entornadas las ventanas  
Están, y en redor advierto  
De aquellos escuetos muros  
Tal tristeza y tanto duelo,  
Que bien pudiera decirse  
Que son de la muerte asiento.

\* \* \*

Ante la puerta se encuentra  
Una esfinge, cuyo aspecto  
Al propio tiempo es horrible  
Y atractivo; tiene el cuerpo  
Y las garras de león,  
Mas la cabeza y los pechos  
De mujer bella; mirada  
Llena de atractivo y fuego  
Que al placer sensual incita;  
Sonrisas de labios trémulos  
Que en dulcísimas promesas  
Llevan placer y misterio.

\* \* \*

¡El ruiseñor modulaba  
Tan dulcísimos gorjeos!....  
Resistir más ya no pude:  
La besó mi labio férvido,  
Y quedé como encantado  
Y de sus hechizos preso.

Se animó el inerte mármol,  
Y suspiros de su pecho  
Exhalaba, bebiendo ávida,  
Con sed voraz, de mi beso  
La ardiente llama, aspirando  
Casi hasta el último aliento  
De mi vida, y jadeante,  
De placer en el acceso,  
Me oprimía con sus garras  
Y destrozaba mi cuerpo.

\* \* \*

¡Oh, martirio delicioso!  
Fruición del dolor intenso!  
¡Oh, padecimiento y goces  
Nunca sentidos, inmensos!.....  
En tanto que de esa boca  
Me embriaga el beso de fuego,  
Cruelles heridas sus garras . . . .  
Hacen en mi exhausto cuerpo.

\* \* \*

—¡Oh, amor, oh, bella esfinge!  
El ruiseñor cantó tierno,  
¿Por qué dolores mortales  
Mezclas en todo contento?  
¡Oh, amor, oh, bella esfinge!  
Revélame este secreto.....  
—Hace ya más de mil años  
Que vanamente lo inquiero.

I

En el plácido y suave mes de mayo,  
Cuando rompen las flores el botón,  
Prendióse dulcemente  
El amor en mi tierno corazón.



En el plácido y suave mes de mayo,  
Cuando rompen las aves su cantar,  
Declaré á la que adoro  
Mis deseos ternisimos, mi afán.

II

El riego de mis lágrimas  
Hace brotar de súbito mil flores,  
Y mis suspiros truécense  
En coro de parleros ruiseñores.

\* \* \*

Si amarme quieres, niña,  
Todas aquellas flores tuyas son,  
Y frente á tu ventana  
El canto oirás del dulce ruiseñor.

---

III

En otros tiempos  
Amó mi alma  
Rosas y lirios,  
Palomas, sol;  
Pero hoy en día  
Ya no las ama:  
Yo amo á tí sola  
Fuente de amor,  
Pues para mí eres,  
¡Oh, mi adorada!  
La rosa, el lirio,  
Paloma y sol.

---

#### IV

Cuando miro tus ojos, vida mía,  
Mi mal olvido y mi dolor se calma;  
Si te besan mis labios, al instante  
La salud y el contento inundan mi alma.

\* \* \*

Y si la sien sobre tu seno inclino,  
Gozo como del cielo experimento;  
Mas, si oigo de tus labios un *te amo*,  
Yo no sé por qué tiemblo y me lamento.

---

V

Ven y junta á la mía tu mejilla,  
Y que al par nuestro llanto se confunda;  
Tu corazón oprime contra el mío,  
Así sus dos hogueras serán una.

\* \* \*

Y cuando en esta hoguera se desborde  
Raudal de nuestras lágrimas cual nunca,  
Y con fuerza te estreche entre mis brazos.....  
¡Oh, moriré de amor y de ventura!

---

VI

De un lirio en el blanco cáliz  
Sumergir quisiera mi alma;  
La flor suspirara entonces  
Una canción á mi amada.



La canción se estremeciera,  
Como el beso que me daban  
Sus labios en otro tiempo.....  
Tiempo de misterio y calma.



VIII

En alas de mis cantares  
Yo te llevaré, mi amada,  
Del Ganges por las riberas  
A una deliciosa estancia.  
Allí en un jardín ameno,  
Que un rayo de luna aclara,  
Espera la flor del loto  
A su bien querida hermana.  
Cuchichean los jacintos  
Entre sí, mas luégo cambian  
Con los irisados astros,  
Qué de amorosas miradas!  
Las rosas, las frescas rosas,  
Y los claveles y dalias  
Se refieren al oído,  
Qué de historias perfumadas!  
Se aproximan las gacelas  
Y escuchan, y á la distancia  
La corriente del sagrado,  
Río sordamente brama.  
Allí nos recostaremos  
Bajo las gallardas palmas,  
Y tendremos sueños gratos  
De celestial bienandanza.

---

IX

La flor del loto soportar no puede  
El esplendor del sol;  
Soñolienta, inclinada la cabeza,  
La noche aguarda y su fugaz rumor.

\* \* \*

La pudorosa luna, que es su amante,  
La viene á despertar  
Con sus tibios fulgores, y él despliega  
Las gracias de su tallo virginal.

\* \* \*

Mira y fulgurá, y en los aires queda  
Suspensa de pasión;  
Llora de amor y sentimiento tiebla,  
Y es de angustia el suspiro de su amor,

X

En las aguas del Rín, del sacro río,  
El domo se refleja  
De Colonia la grande y venerada.  
Sobre el domo, con fúlgido atavío,  
Y en atractiva faz, mirar se deja  
Una imagen sagrada—  
Ella sobre el desierto de mi vida  
Fulguró suavemente á toda hora—  
Fragantes flores y ángeles alados  
Allí á Nuestra Señora  
Por do quiera circundan inclinados.....  
¡ Ah! cuánto en esos labios y esos ojos  
Y esas roseas mejillas  
Veo los de mi amada retratados!

---

XI

¿Que tú no me amas, dices? que no me amas?  
Pues ello, vida mía, no me inquieta;  
Si tus ojos mirar pudiese amante,  
Contento como un rey siempre me vieras.

\* \* \*

¿Que á aborrecerme vas? ya me aborreces?  
Tu boca purpurina lo confiesa;  
Mas, déjame besar tus roseos labios,  
Y verás que esa beso me consuella.

XII

¡Oh, no jures! te ruego, pero abrázame;  
No creo en juramentos de mujer,  
Es dulce tu palabra, pero el beso  
Que te robé, es más dulce que la miel.

\* \* \*

Te poseo, mi bien, y eso me basta;  
Pues para mí yo tengo, ¡dulce bien!  
Que la palabra es fugitiva, es sólo  
Un airecillo tenue, nada es.

\* \* \*

¡Oh, jura, jura siempre, amada mía!  
Una palabra basta, lo crearé.  
Déjame sobre tu seno reclinarme  
Delirante, y feliz me llamaré.  
Creo que eternamente, ¡oh, mi adorada!  
Amarásme, y aun más si puede ser!

---

XIII

¡Cuántas dulces canciones  
A los ojos compuse de mi amada!  
Y qué de trovas en distintos sonos  
A su pequeña boca he dedicado!  
Prometí, y aun prometo,  
Que si mi amada corazón tuviera,  
Sobre su corazón yo le escribiera  
Un hermoso y poético soneto.

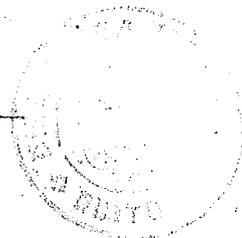
---

XIV

¡Estúpido es el mundo, el mundo es ciego!  
Vuélvse día á día más absurdo:  
Dice de tí, mi amada, el insensato,  
Que tienes mal carácter! necio mundo!

\*  
\*  
\*

¡Estúpido es el mundo, el mundo es ciego!  
No te conocerá . . . . ¡no alcanza, iluso,  
Cuánto estremecer hacen de ventura  
Tus abrazos y besos! . . . ¡mundo estúpido!



XV

¡Oh, mi adorada! es menester me digas  
En este día mismo:  
¿Eres acaso una visión creada  
Por el poeta en el ardiente estío?

\* \* \*

Pero, nó: esa pequeña, linda boca,  
Esos ojos que encantan;  
Criatura tan bella, tan amable,  
Nunca el poeta soñó ni la creara.

\* \* \*

Vampiros, basiliscos y dragones  
Y otros monstruos y fieras,  
Que la fábula cuenta, crea sólo  
La mente soñadora del poeta.

\* \* \*

Pero cuanto te adorna, mí querida,  
Esas tiernas miradas,  
Y aquella tu malicia y rostro hermoso,  
Nó, jamás el poeta lo creara.

XVI

Como surgiera vaporosa Venus  
De entre las albas espumosas ondas,  
Se alza hoy mi amada con su real belleza,  
Porque es el día de su alegre boda.

\* \* \*

¡Corazón, corazón! tú tan sufrido,  
Por su traición no la aborrezcas; ahora,  
Sufre y excusa . . . ¡Cómo no excusarla  
Si es mi adorada cual sensible loca!

---

XVII

Aunque al decirlo el corazón se rompa,  
Ya no te quiero más;  
¡Oh, alma mía, para mí perdida,  
Ya no te quiero más!

\* \* \*

Te veo que deslumbras con el brillo  
De atavío nupcial;  
Mas de tus joyas ningún rayo aclara  
La noche de tu alma sepulcral.

\* \* \*

Há tiempo que lo sé . . . . Te ví en mis sueños,  
Y la noche miré  
Que tu alma llenó, y las serpientes,  
Que en ella discurrían, contemplé.

\* \* \*

Esto miré turbado en mis ensueños;  
Todavía más ví,  
Y pude conocer, alma de mi alma,  
Que en lo oculto, cual yo, eres infeliz.

XVIII

Sí, tú eres infeliz, alma de mi alma!  
Quisiera no lo seas, aunque siento,  
Que en tanto que la muerte nos destruya,  
Infelices tú y yo de ser tenemos.

\* \* \*

Miro la burla que retoza inquieta  
Al redor de tus labios, y la altiva  
Mirada de tus ojos, y el orgullo  
Que, aunque latente, tu albo seno hinch:  
Y me digo con hondo desaliento:  
Eres cual yo infeliz, amada mía!

\* \* \*

Pena escondida palpitar tus labios  
Hace, y lágrima oculta el brillo eclipsa  
De tus ojos, tu altivo pecho roe  
Secreta y fiera llaga á la continua,  
Y me digo entre tanto: desdichados  
Los dos seremos siempre, amada mía!

XIX

¿Del todo has olvidado  
Que mío fué tiempo há tu corazón;  
Ese tu corazón tan dulce y falso,  
Que nada más falso hay ni seductor?

\* \* \*

¿Del todo has olvidado  
La inquietud de mi pecho y el amor? . . . .  
—No sé si aquélla ó éste fué más grande,  
Que fueron sólo sé grandes los dos.

XX

Y si las flores, las graciosas flores,  
Supiesen cuán profunda es la ancha herida  
De este mi corazón, en ella el bálsamo  
De su fragancia al punto verterían.

\* \* \*

Y si los melodiosos ruiseñores  
Supiesen que estoy triste y harto enfermo,  
En dulcísimos trinos desatáranse  
Por acabar mi inacabable duelo.

\* \* \*

Si allá en lo alto las estrellas de oro  
Mi afán y mis dolores comprendieran,  
El cielo abandonarían y traerían  
Celestiales consuelos á mis penas.

\* \* \*

Nadie entre todos, nadie saber puede  
El matador pesar que me acompaña;  
Sólo *ella* lo conoce, ¡*ella* que artera  
Mi corazón despedazó inhumana!

XXI

¿Por qué las tempranas rosas  
Así pálidas están?  
¡Oh, bien amada de mi alma!  
Dímelo, ¿por qué será?

\* \* \*

¿Por qué en el verduoso césped  
Las violetas están  
Así mustias, así enfermas?  
Dímelo, ¿por qué será?

\* \* \*

¿Y por qué la alondra canta,  
Su raudo vuelo al alzar,  
Con melancólico acento,  
Y un como hedor sepulcral  
De los bosques de jazmines  
Se exhala? . . . por qué será?

\* \* \*

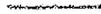
¿Por qué el sol manda sus rayos  
Fríos, tristes á la par,  
Y la tierra como tumba  
Funesta, lóbrega está?

\* \* \*

¿Por qué yo mismo tan triste  
Y enfermo estoy? ¿qué será? . . .  
¡Oh, bien amada de mi alma,  
Respóndeme, por piedad! . . .



¡Oh, bien amada de mi alma,  
De mi corazón imán!  
¿Por qué cruel me abandonaste  
En este mundo falaz?



XXII.

Murmuraron de mí y aun se quejaron,  
Dañarme pretendiendo;  
Mas, lo que en realidad abrumó mi alma,  
Jamás, nunca decírtelo supieron.

\* \* \*

Con ademán altivo y gravemente  
La cabeza movieron,  
Y cuando *diablo* al fin me apellidaron,  
Tuviste la simpleza de creerlo.

\* \* \*

Y, sin embargo, lo peor de todo,  
Jamás, nunca supieron:  
Pues lo peor—y lo que es más—lo estúpido,  
Bien oculto guardábalo en mi pecho.

XXIII.

Los tilos florecían,  
Cantaba el ruiseñor,  
Reía alegremente  
Por donde quiera el sol.  
Entonces me abrazabas,  
Y tu brazo en redor  
Del cuello, me ceñía;  
Entonces la presión  
De tu pecho agitado  
Sentía suave yo.

\*  
\*  
\*

Las hojas se cayeron,  
El cárabo graznó,  
Lanzó sobre nosotros  
Tristes rayos el sol.  
Entonces, friamente  
Nos dijimos: "Adiós!"  
Y atentos y corteses  
Nos fuimos. . . . tú y yo.

XXIV.

Mucho los dos nos amamos  
Y nunca mal nos hicimos;  
Hasta á *marido y mujer*  
Jugámos.....éramos niños;  
Y nunca nos arañámos  
Ni de palabra reñimos.  
Y después, juntos también  
Nos chanceámos y reíamos,  
Y, cual antes, tiernos besos,  
Bien si á hurtadillas, nos dimos.  
De nuestra infancia evocando  
Los placeres fugitivos,  
Jugamos al escondite  
Del bosque en el laberinto;  
Y es lo cierto que tan bien  
Tú y yo nos escondimos,  
Que nunca nos hallaremos  
Del mundo en el torbellino.

XXV.

Fiel largo tiempo me fuiste  
Y por mí te interesaste;  
En mis penas y estrecheces  
Me asistías consolándome!  
Con qué beber y comer  
Me diste, y suministraste  
Vestidos, y el pasaporte  
Para el inmediato viaje.  
¡Oh, mi amada! á Dios le pido  
Del frío y calor te guarde;  
*Pero que el bien que me has hecho  
Nunca, jamás te lo pague.*

XXVI.

Y mientras largo tiempo,  
Aturdido, impaciente,  
Por extraños países yo vagaba,  
Parecióle mi ausencia inacabable  
A la hechicera mía, y derrepente  
De novia se compró rico vestido;  
Luégo, tierna y afable,  
Al novio más ruín acariciaba.

\*  
\*  
\*

Y, con todo, es tan linda y hechicera  
La dulce amada mía, que su imagen  
Ante mis ojos se halla donde quiera;  
Y miro aún de sus divinos ojos  
Las púdicas violetas,  
Las tintas de su rostro sonrosadas,  
Y de su frente cándida los lirios,  
Lozanos siempre... Creer que yo pudiera  
De semejante amada separarme,  
La torpeza sería  
Más torpe que en mi vida cometiera.

---

XXVII.

¡Oh, dulce amada mía! cuando te halles  
En el sepulcro obscuro recostada,  
Yo bajaré á tu lado, y cuanto pueda  
A tí me estrecharé con febril ansia.

\* \* \*

Te abrazo ya, te cierro entre mis brazos,  
Ardoroso te estrecho . . . y tú en silencio,  
Y fría estás y pálida cual mármol! . . .  
Yo grito, y me estremezco y tiemblo y muero!

\* \* \*

Suena la media noche, y se levantan  
Los muertos y, en bandadas nebulosas,  
Danzan, pero nosotros nos hallamos  
Uno del otro en brazos en la fosa.

\* \* \*

Y en el día terrífico del juicio,  
Cuando se alcen al són de las trompetas  
Los muertos de sus tumbas, y á únos goces  
Les venga y á otros perdurables penas;

\* \* \*

Nosotros, vida mía, sin curarnos  
Del embolismo aquél, nos mantendremos  
Acostados, y mudos y abrazados  
Eternamente quedaremos quietos.

XXVIII.

Del frío Norte en una escueta cima  
Un pino se levanta solitario;  
En tanto el pino sueña,  
Cúbrefe cual sudario  
Envoltura de nieve refulgente.  
Sueña con una palma desolada,  
Que en el lejano Oriente,  
Solitaria se queja y taciturna  
Sobre roca desnuda y abrasada.

XXIX.

Y dijo la cabeza: ¡Ah! si yo fuese  
De los pies de mi amada el escabel,  
Aunque recio pisárame, no oyera  
Queja ninguna, de mi labio fiel.

\* \* \*

Y dijo el corazón: ¡Ah! si yo fuese  
El acericó do suele prender  
Sus agujas, y si ella me panzase,  
Me alegrara la sangre al ver correr.

\* \* \*

Y dijo la canción: ¡Ah! si yo fuese  
De sus rizos el trozo de papel,  
Murmurara á su oído cuanto vive  
En mi y respira dentro de mi sér.

---

XXX.

Cuando mi bien amada  
De mí lejos, muy lejos, se encontró,  
De reír olvidé, y aunque donaires  
Junto á mí proferían pobres diábolos,  
Reír no pude yo.

\* \* \*

Desde que la perdí, ¡ah! ya no tengo  
El poder de llorar!  
Mi corazón de pena se desgarró,  
Y, aunque quiero, llorar no puedo ya!

---

XXXI.

Yo de mis grandes dolores  
Hago canciones pequeñas,  
Que, agitando su plumaje  
Sonoro, su vuelo llevan  
Al corazón de mi amada  
Que es la causa de mis penas.

\* \* \*

El camino ellas conocen,  
Mas luégo hacia mí revuelan,  
Y, aunque quejosas, no quieren  
Referirme lo que vieran  
En el falso corazón  
De la que causa mis penas.

---

XXXII.

Yo no puedo olvidar, ¡oh, mi querida!  
Mi dulce compañera,  
Que en tiempo no remoto míos fueron  
Tu amante corazón y tu alma entera.  
Poseer aún tu corazón, mi vida,  
Cuánto bien lo quisiera.—  
¡Tan tierno fué conmigo y tan amante!—  
Pero oye: en cuanto al alma, sepultarla  
Puedes muy bien, que alienta aquí en mi pecho  
Un tal exceso de alma, que pudiera  
La mitad infundirte, y de seguida  
Contigo entrelazarme de tal modo  
Que hiciésemos los dos, ¡oh, mi querida!  
De nuestro corazón y almas un todo (1).

---

(1) En esta rima, sin variar la idea, hemos cambiado los conceptos: á ello nos obligaron el resp.to á la delicadeza de sentimientos de muchos de nuestros lectores y, sobre todo, nuestro propio querer. Preguntamos: ¿no vale más el corazón que el cuerpo?... El corazón es residencia de lo más tierno, íntimo y noble que concibe la mente humana.

XXXIII.

Por los bosques y praderas,  
Alegres, endomingados,  
Se divierten los sencillos  
Campesinos; saludando  
La bella naturaleza  
Van triscando como cabros;  
Lanzan gritos de alegría,  
Y con ojos asombrados  
Contemplan la florescencia  
De la verdura del campo,  
Y con sus grandes orejas  
Absorven del coro arpado  
Las múltiples melodías  
Que asordan bosques y prados.

\* \* \*

Mas yo, con gruesa cortina,  
De mi solitario cuarto  
La ventana cubro; y váleme;  
En pleno día asaz claro,  
Una agradable visita  
De mis espectros amados.  
Mi amor difunto aparece  
De las sombras regresando;  
Junto á mí se sienta, y párteme  
El corazón con su llanto.

XXXIV.

De días olvidados  
En tropel las imágenes saliendo  
De sus tumbas, me muestran cuál solía  
En tiempos ya pasados  
Cerca de tí vivir, amada mía.

\* \* \*

Por las calles, de día,  
Yo solo y taciturno divagaba;  
Los transeúntes mirábanme asustados:  
;Tan triste y demudado me encontraba!  
De noche, mejor me iba, pues las calles  
Las hallaba desiertas y calladas;  
Yo y mi sombra vagámos en compañía.

\* \* \*

Con paso atropellado  
El puente atravesaba;  
Al través de las nubes, misteriosa  
La luna saludábame; agitado  
Al frente de tu casa me paraba,  
Y en tanto que miraba silenciosa  
Y oscura tu ventana, mi sombrío  
Y enfermo corazón se desangraba.

\*  
\* \*

Yo sé que hartó á menudo desde lo alto  
De tu balcón las calles has mirado,  
Y que bien has podido conocerme,  
Al rayo de la luna,  
Cual inmóvil columna allí plantado.

XXXV.

Un joven ama á una niña,  
Pero ésta á otro prefirió;  
Este á su vez amaba á otra  
Y con ella se casó.

\* \* \*

De pesadumbre la niña  
Con el primer fanfarrón  
Que le sale á su camino,  
Se casa sin dilación.

\* \* \*

Harto mal se encuentra el joven;  
Mas no es maravilla, nó;  
Porque ésta, aunque vieja historia,  
Siempre nueva se mostró,  
Sólo que al que tal sucede  
Lleva muerto el corazón.

XXXVI.

¡Ay! cuando escucho la canción sentida  
Que en un tiempo que fué mi amor cantaba,  
Mi pecho acongojado  
Del dolor al embate se quebrantá.

\* \* \*

Deseo obscuro y persistente lánzame  
Del bosque á las alturas silenciosas:  
Allí en raudal de lágrimas  
Disuélvense de pronto mis congojas.

XXXVII.

Con una princesa joven  
Y de pálidas mejillas  
Soñé; bajo de los tilos,  
Sentados, yo la tenía  
Junto á mí, y la abrazaba  
Con ternura y pasión viva.

\* \* \*

—No quiero, nó, de tu padre  
El trono, yo le decía;  
¡Quiero su cetro de oro,  
Su corona y pedrerías:  
Tú sólo busco y quiero,  
Elor de belleza divina.

\* \* \*

—Lo que pides no es posible,  
Respondió al punto la niña;  
En la tumba habito y no puedo  
Venir junto á tí de día;  
Y es porque te amo que suelo  
Venir de noche á hurtadillas.

XXXVIII.

Sobre barca ligera—¿lo recuerdas?—  
Sentados nos hallámos tú y yo;  
La noche estaba silenciosa, y mudos  
Vagábamos del mar en la extensión.

\* \* \*

La isla misteriosa de las almas  
Indecisa mostrábase al claror  
De la luna, y allí suaves acordes  
Se escuchaba y de danzas el rumor.

\* \* \*

Más y más suaves los acordes eran,  
La danza, se agitaba más y más;  
Y entretanto nosotros, ¡ah! vogábamos  
Sin esperanza en el inmenso mar.

---

XXXIX.

Te amé, y te amo aún! . . . Desplomaráse  
El mundo con fracaso; y de sus ruínas  
Se alzarán poderosas llamaradas  
De la intensa pasión que me domina..

---

XI,

Por el jardín pasaba en una hermosa  
Y espléndida mañana;  
Las flores cuchicheaban afanosas,  
Pero yo silencioso caminaba.



Las flores cuchicheaban, y mirándome  
Decíanme con lástima:  
—¡Oh, vos, triste amador, el sin ventura!  
No os enojéis con nuestra buena hermana.

XLI.

Como cuento fantástico narrado  
En sufocante noche del estío,  
Así mi amor fulgura  
En su sombra indecisa de continuo.

\* \* \*

En un jardín lozano dos amantes  
Vagaban solitarios, silenciosos;  
El ruiseñor cantaba,  
Y lucía la luna en disco hermoso.

\* \* \*

De improviso la bella se detuvo;  
Arrodillóse ante ella el caballero;  
Y del desierto vino  
El gigante, y la niña huyóse luego.

\* \* \*

En su sangre bañado el caballero  
Cayó exánime en tierra,  
En tanto que el gigante regresaba  
Lenta y pausadamente á su caverna.

\* \* \*

De todo en todo asesinado me hallo;  
Que me entierren, por cierto,  
Es lo único que falta, y os anuncio  
Que está acabado el lastimoso cuento.

XLII.

Todos me atormentan, todos  
Me hacen gemir y rabiarse;  
Con su cariño los unos  
Y con su odio los demás.

\*  
\* \*  
\*

Me han envenenado el agua,  
Me han emponzoñado el pan,  
Con su cariño los unos  
Y con su odio los demás.

\*  
\* \*  
\*

Y la que más me atormenta  
Y me enfada sin cesar,  
*Ella*... nunca me tuvo odio,  
Ni amor me tuvo jamás.

XLIII.

Quema el ardiente estío en tus mejillas,  
En tanto que el invierno, el frío invierno,  
Nieve en tu alma destila.

\*  
\*  
\*

Pero esto un día cambiará, amor mío:  
En tus mejillas surgirá el invierno  
Y en tu pecho el estío.

---

XLIV.

Cuando dos que se quieren se separan,  
¡Ay! la mano se dan,  
Y mudos y anhelantes se despiden,  
Y suspiran y rompen á llorar.

\* \* \*

Lágrimas no hubo, ni suspiros hubo  
En nuestro último adiós:  
El llanto y los suspiros, alma mía,  
Asomaron después, y aun duran hoy!

---

XLV.

Sentados al rededor  
De una mesa el té tomaban;  
Sobre el amor discurrían,  
Hombres graves, bellas damas;  
Ellos, en sentido estético,  
Y ellas, sintiendo parlaban.

\* \* \*

—Ser debe el amor platónico,  
El buen consejero exclama;—  
Sonrió la consejera  
Y un ¡ay! suspiró en voz baja.  
Grande boca abre el canónigo  
Y con voz dice aflautada:  
—El amor no debe ser  
Sensual, que la salud daña.  
—¿Por qué así, señor canónigo?—  
Preguntó una joven dama.

\* \* \*

Con voz dolorida y triste  
Así la condesa exclama:  
—El amor es solamente

\* \* \*

Había aún en la mesa  
Un lugarcito: faltabas  
Tú allí, mi amada, que bien  
Tu opinión acreditada  
Sobre el amor, tal cual es,  
Dado hubieras sobre tantas.

---

XLVI.

¡Que mis cantos están emponzoñados!  
¿Cómo estar no podrán,  
Si tú misma veneno derramaste  
En la flor de mi edad?

\* \* \*

¡Que mis cantos están emponzoñados!  
¿Cómo estar no podrán,  
Si dentro el corazón llevo serpientes,  
Y te llevo además?

---

XLVII.

¡Me visitó mi sueño de otros tiempos!  
Era una noche plácida de mayo;  
Sentados á la sombra de los tilos  
Ser fieles úno á ótro nos juramos.

\* \* \*

Entre besos y risa y confidencias  
Sucedíanse al par los juramentos;  
Y ¡ah! para que el juramento no olvidara  
Me mordiste la mano al darme un beso.

\* \* \*

¡Oh! dulce amada de los negros ojos!  
¡Oh! hechicera beldad de blancos dientes!  
Fué por demás la mordedura, hubiera  
El juramento sido suficiente!

---

XLVIII.

Subí del monte á la pendiente grave,  
Y enternecido y solo me encontré.  
—Si tornarme pudiera al punto en ave. . . .—  
En mi afán suspiré.

\* \* \*

—Si fuese golondrina. . . . á tí volara,  
Y en las altas cornizas del balcón  
Mi nido pequenito fabricara,  
El nido de mi amor.

\* \* \*

Si fuese ruiseñor. . . . á tí volara,  
Y de la noche al plácido rumor,  
Desde los verdes tilos exhalara  
Mi tímida canción.

\* \* \*

Y si fuese canario. . . . volaría  
¡Oh, mi amada, á tu tierno corazón.  
Dícenme que la atroz algarabía  
Del canario te alegra con primor.

XLIX.

¡En sueños he llorado!.....  
Soñé que muerta estabas, vida mía;  
Desperté acongojado  
Y, despiercto, mi llanto aún corría.

\* \* \*

¡En sueños he llorado!.....  
Soñé que me dejabas, alma mía;  
Desperté, y amargado  
Mi llanto su raudal no suspendía.

\* \* \*

¡En sueños he llorado!.....  
Soñé que aún me amabas, vida mía;  
Desperté alborozado,  
¡Y en lágrimas me ahogo todavía!

L.

Todas las noches te contemplo en sueños;  
Con inefable gracia me sonríes,  
Y al verte así, me arrojó sollozando.  
A tus plantas, con ansia indefinible.

\*\*\*

Me miras triste y pensativa mueves  
Tu blonda graciosísima cabeza;  
Cual perlas cristalinas, de tus ojos,  
Lágrimas de ternura al punto ruedan.

\*\*\*

Con voz callada una palabra dícesme;  
Me das de rosas blancas fresco ramo.  
Despiértome, y el ramo desaparece,  
Y la palabra. . . . . olvídola de grado.

LII

Lluvia copiosa y tempestuoso viento  
Roncos braman en noche tenebrosa.  
¿Dónde se encontrará en hora tan triste  
Mi pobre amada, tímida y medrosa?

\* \* \*

En la ventana de su alcoba mírola  
De codos, en sus lágrimas bañada,  
Y en la profundidad de las tinieblas  
Hunde con insistencia la mirada.

---

LII.

Los árboles sacude  
De otoño el frío invierno,  
Está la noche helada,  
Obscura, y en silencio  
El bosque, yo á caballo,  
Atravieso con manto gris envuelto.

\* \* \*

Y en tanto cabalgaba,  
Tenaz mi pensamiento  
Delantero seguía,  
Llevándome bien presto  
Y alegre á la morada  
De la niña que causa mi embeleso.

\* \* \*

Los perros ladran; pajes  
Con luces se presentan;  
La escalera de mármol  
Asciendo con presteza,  
Y se oye á la distancia  
El resonar de mi luciente espuela.

\* \* \*

En un rico aposento  
De telas guarnecido,  
De luz reverberando,  
De aromas ¡embebido,  
Allí mi amor me espera,  
Y en sus brazos veloz me precipito.

\* \* \*

El viento entre las hojas  
Murmura tristemente,  
La encina cuchichea  
En su ramaje verde.  
—¡Oh loco caballero!  
Con tu sueño insensato, dí, qué quieres?

---

LIII.

De su órbita brillante  
Cae una estrella;  
Es del amor el astro  
Que viene á tierra.

\* \* \*

Hojas y blancas flores  
Al suelo ruedan  
De verdes manzanas  
Do el viento juega.

\* \* \*

El cisne por el lago  
Canta y se queja,  
Discorre por lá orilla  
O bien se aleja.

\* \* \*

Mas, decreciendo el canto,  
Rompe la estela,  
Y se abre entre las aguas  
Tumba de perlas.

\*  
\* \* \*

Todo es quietud y sombras,  
Y al aire vuelan  
Las hojas y las flores;  
La triste estrella  
Desaparece,  
Y la canción del cisne  
Se apaga y muere.

---

LIV.

Víme en sueños trasportado  
A un castillo gigantesco,  
De luces reverberante,  
De olores mágicos lleno,  
Donde una turba confusa  
Discurría por el dédalo  
De cuartos, una salida  
Buscando; gritos de miedo  
Lanza convulsa, y las manos  
Vase fiera retorciendo.  
En la infernal barahunda  
Se ven damas, caballeros,  
Y yo mismo, no sé cómo,  
Allí arrastrado me encuentro.



De improviso me hallo solo ;  
Pregúntome, cómo presto  
Desvaneciósese la turba.  
Me pongo á andar, discurriendo  
Por salas que se confunden  
De extraño modo; ya siento  
Mis pies cual plomo, y angustia  
Mortal me saltea el pecho.

\* \* \*

Descespero de encontrar  
Pronta salida.—Al fin llego  
A la última puerta; ya iba  
A salvarla. . . .; Oh Dios eterno!  
¿Quién así el paso me estorba  
Con ademán tan resuelto?

\* \* \*

Era. . . . sí, mi bien amada  
Que con semblante severo  
Está en la puerta; asustado  
Yo retroceder intento,  
Mas ella me hace una seña  
Con la mano, y no comprendo  
Si es de advertencia ó reproche.  
En sus ojos brillar veo  
Lumbre extraña que me asusta;  
Con aire me mira serio  
Y amante á la vez, y al punto  
Agitado me despierto.

---

LV.

En noche oscura, silenciosa y fría  
Yo sollozando el bosque recorría;  
Los árboles del sueño despertaron  
Y sus copas de lástima inclinaron.

\*\*\*\*\*

LVI.

En el campo medroso y solitario  
El cadáver se entierra del suicida;  
Allí una flor azul triste se agosta,  
La flor del condenado la apellidan.

\* \* \*

Llegué á ese campo y suspiré doliente;  
La noche estaba silenciosa y fría;  
Lentamente la flor del condenado  
Al rayo de la luna se mecía.

---

LVII.

Desde que no me inunda  
La lumbre de tus ojos, vida mía,  
Espantosas tinieblas obscurecen  
El áspero sendero de mi vida.



Para mí ya extinguióse  
La luz del astro del amor; la sima  
De un abismo me aguarda. . . . ¡ Oh, noche eterna,  
Sumérgeme en tus antros sin salida!

LVIII.

En mis ojos la noche,  
Plomo sobre mis labios  
Y el corazón inerte,  
Yacía en mi sepulcro solitario.

\* \* \*

Cuánto dormí, no supe,  
Y al despertar, al cabo,  
Las puertas de mi tumba  
Con golpes de llamada resonaron.  
—¿ No quieres levantarte,  
Enrique? en el espacio  
Luce el eterno día  
Y á su goce los muertos despertaron.

\* \* \*

—Amor mío, no puedo,  
Alzarme no me es dado;  
Estoy ciego, que á fuerza  
De llorar estos ojos se apagaron.

\* \* \*

—Ahuyentarán la noche  
De tus ojos mis labios  
Con besos, y en los ángeles  
Y en la gloria se arroben del espacio.

\* \* \*

— Amor mío, no puedo;  
Aún la herida guardo  
Al corazón sangrienta  
Que una palabra tuya fué ahondando.

\* \* \*

— Enrique, suavemente  
Tu corazón mi mano,  
Halaga, y de esa herida  
La fuente de la sangre se ha secado.

\* \* \*

— Amor mío, no puedo;  
Mi sien está manando  
Sangre: rompióla el plomo,  
Cuándo te arrebataron de mi lado.

\* \* \*

— Con bucles de mis sienes  
Tu herida iré vendando;  
Restañaré tu sangre,  
Con la salud compensaré el agravio.

\* \* \*

Tan dulce era su ruego,  
Y me inebriaba tanto,  
Que quise levantarme  
Y correr de mi amada hacia los brazos.

\* \* \*

Súbito de mis sienes  
Y el corazón rasgados,  
Lanzóse con violencia  
La sangre . . . mas por fin he despertado.

---

## EPILOGO.

---

Trato de dar sepultura  
A pesados tristes sueños,  
A desdichadas canciones  
Cantadas en otro tiempo;  
Id, y un ataud buscadme  
Que sea grande en extremo.

\* \* \*

Veréis cómo en él sepulto  
Muchas cosas. Sea extenso  
Y aun más que el grande tonel  
De Heidelberg. Idos presto,  
Y también traedme unas andas  
De fuertes tablas, pues veo,  
Que en lo sólido y lo grande,  
Deben pasar con exceso  
A las que sustenta el puente  
De Maguncia asaz extenso.

\* \* \*

Que vengan doce gigantes,  
Más fuertes y corpulentos  
Que el San Cristóbal del domo,  
Que alza Colonia altanero.  
Que el ataud ellos carguen  
Y al mar lo arrojen violentos:  
Tan grande ataud exige  
Sepulcro como él inmenso.

\*  
\* \*

—¿Por qué el ataud ser debe  
Tan grande y fuerte?—Sabadlo:  
En él á mi amor sepulto,  
En él mis penas encierro.

---